

gendrado por la diversidad de ideas, llegaba hasta el extremo de poner en escena los personajes vivientes, como Reuclin que lleva su propio nombre cosido á la espalda y es portador de un haz de leña en forma de abanico, cuyas varillas quiere enderezar inútilmente otro personaje que se llama Erasmo, tras del cual aparece un monje mofletudo y rubicundo que pega fuego al haz, y como un Emperador, de larga espada armado, quisiera apagarlo, remueve sus chispas y las echa á los cuatro puntos del horizonte, para que abrasen á todos los pueblos, no sin haber llamado antes á un Papa, quien, trayendo dos cántaros, uno de agua y otro de aceite, se equivoca, y en vez de echar sobre el fuego el líquido que lo apaga, echa el líquido que lo aviva, con cuya equivocacion crece desmedidamente el incendio. Tales alegorías incitaban mas y mas al Emperador para que intentase poner coto á tantas predicaciones.

A mayor abundamiento sermoneaba en la iglesia de los franciscanos un orador revolucionario de grande exaltacion y de no pequeña elocuencia, quien comentando el libro de Josué, comparaba al Emperador y los príncipes ortodoxos con los reyes de Canaan y al Elector y á los príncipes protestantes con los hijos de Israel. A tal salida el Emperador no tuvo mas remedio que intimar á sus vasallos la inmediata suspension de las predicaciones. Los príncipes se negaron á acceder á la demanda del Emperador, diciendo que se habia abierto la Dieta para juzgar de todas las ideas y no les parecia bien que de antemano se condenase las suyas. Entonces se le ocurrió á un católico el expediente que mas podia incomodar á las dos partes, la prohibicion de hablar así á los oradores herejes como á los oradores ortodoxos. Aunque Carlos comprendia toda la debilidad que mostraba en negar un derecho á quienes lo habian ejercido en otro tiempo hasta como un privilegio, convencido de la inferioridad de los predicadores católicos respecto á los predicadores protestantes, mandó un heraldo por calles y plazas, prohibiendo todos los sermones y declarando que desde aquel dia en adelante solo podrian predicar los sacerdotes provistos de licencia imperial y amaestrados por imperiales instrucciones. Despues de esto, prometió autorizar tan solo á aquellos comprometidos á no predicar ni con espíritu católico ni con espíritu protestante, cosa bien difícil de encontrar, dada la fe opuesta pero viva en las ideas y la exal-

tacion de las pasiones. Algunos decian que semejantes Emperadores semejaban al monstruo de la fábula, y á esa especie de quimera, que tiene la cola de los dragones, el cuerpo de las cabras, la cabeza de las leonas. Y en efecto, aparecieron en la realidad aquellos predicadores, que solo se creian posibles, si los creaba ó fingia la omnipotencia del César. ¿Cómo en la exaltacion de los ánimos extraviados hasta el delirio; en la viveza de una fe sobrecitada hasta el fanatismo; en el cruce de los argumentos que caian sobre el seno de las conciencias cual caen los proyectiles sobre los campos de batalla, podian presentarse aquellos seres híbridos, neutros, incapaces de engendrar y producir una doctrina, cuando cada cual llevaba la suya, tanto en la conciencia como en el corazon, y tanto en el corazon como en la lengua? Imposible hablar de la gracia, de la predestinacion, de la Eucaristía, de los Sacramentos, de las órdenes, del sacerdocio, de la Biblia, de la tradicion, sin revelar por alguna manera el fondo de la doctrina que cada cual profesaba y el carácter de la Iglesia y del credo á que cada cual pertenecia.

Imagínese cuánta seria la curiosidad de todo el mundo en aquellos tiempos teológicos, por ver cómo los predicadores ideados por Carlos V iban á predicar sin decir nada. La misa de la catedral, especialmente, representaba una verdadera torre de Babel. Griegos, turcos, etíopes, italianos, españoles, ilirios, rumanos, dinamarqueses, gentes de todas las razas, por lo menos europeas, necesitadas de acercarse por alguna razon ó motivo á Carlos V, aglomérábanse en aquellos espacios, ansiosas por presenciar el extraño espectáculo. Y en efecto, el predicador sube, dice las oraciones de rúbrica, lee el Evangelio de la misa en lengua vulgar, murmura la confesion general y baja de su púlpito en medio de un público atónito, apenas creido de lo mismo que estaba oyendo y presenciando. En algunas iglesias los predicadores del Emperador no lograron contenerse, y añadieron palabras de su cosecha, por lo cual se les lanzó en oscuras prisiones eclesiásticas. Ya no se oía, pues, la nueva palabra evangélica. El Elector Juan de Sajonia estaba completamente desolado; porque creia tan necesaria á su espíritu la palabra divina como á su cuerpo el alimento diario. Escribió á Lutero su angustia, y Lutero le contestó que, en efecto, habia lugar á profunda alarma; porque si empezaban por prohibir la expresion de la fe á los labios, concluirían por prohibir la profesion de la fe

á las conciencias. Dado tal rescripto, los predicadores protestantes salieron de Augsburgo, como los apóstoles cristianos de Jerusalem; en todas direcciones, para sembrar la nueva doctrina evangélica.

Por fin, el 20 de julio se abrió la Dieta. Precedióla, como era de rúbrica, una misa del Espíritu Santo. Los príncipes luteranos se mantuvieron fuera del altar mayor y á cierta respetuosa distancia de la hostia. Però, á la hora de alzar á Dios, tuvo que estar Juan de Sajonia con la espada desnuda, cerca del celebrante. Siguió á la misa el sermon, pronunciado por un arzobispo que se llamaba Vicente Pompinelli. Pocas veces se habrá oído arenga mas difusa y mas extraña. Como si en vez de estar en el templo católico, el orador estuviera en el foro latino y en la agora griega, elogió los héroes de la antigüedad, desde Arístides hasta Caton; y despues de estos elogios, se atrevió á una comparacion entre los turcos y los alemanes, poniendo á aquellos sobre estos, porque tienen un solo príncipe al cual todos obedecen, mientras los alemanes tienen muchos príncipes que no obedecen á nadie; porque respetan una sola ley mientras los alemanes quieren muchas; porque profesan una sola religion, mientras los alemanes abrogan el antiguo dogma y lo sustituyen con bufonías ridículas y prácticas obscenas. Y dicho esto, volvióse á Cárlos V, y le conjuró á la guerra en terribles palabras: «Magnánimo Emperador, rey todo poderoso, afilad vuestras espadas, blandidlas contra estos pérfidos perturbadores de la religion, y encerradlos así en el redil de la Iglesia. Nada de paz para Alemania, en tanto que la espada no haya extirpado por completo esta nueva herejía. ¡Oh! San Pedro y San Pablo, yo os llamo, á vos, San Pedro, para que abrais con vuestras llaves los corazones de mármol de esos príncipes, y á vos, San Pablo, para que vengais con vuestra espada y les atraveséis el corazon.» Los mismos católicos salieron escandalizados de estas palabras, que los protestantes no habian oído á causa de su alejamiento y separacion del altar, pero que trasmitidas y agrandadas por el rumor público, derramaron en sus corazones muchas sospechas.

La Dieta se congregó en el consistorio ó casa municipal de la ciudad. Abrióla el Emperador en persona y circuido de todos los potentados alemanes. El conde Palatino leyó lo que entonces se llamaba proposicion imperial y ahora se llama discurso de la corona. Dos cuestiones capitales sometia el

César á la consideracion de aquella ilustre asamblea. Era una la cuestion de los turcos, y era otra la cuestion de los herejes. Esta principalmente le habia movido á dejar sus Estados hereditarios y á acudir, no sin graves peligros, á Italia y Alemania, sabedor de que toda herejía suele amenazar con errores á los mandamientos de Dios y con sus perturbaciones á la autoridad de los príncipes y á la paz de los Estados. El Emperador se proponia ahogar con mano fuerte, y entre sus hercúleos brazos, aquellas incomprensibles y amenazadoras divisiones. Dicho esto, dejó el solio y declaró abierta la Dieta.

En el mismo dia reunió Juan de Sajonia en su palacio, á los suyos, heridos y asombrados, incitándoles á perseverar en la defensa del nuevo símbolo y de la nueva Iglesia; y al despedirlos y quedarse solo con su conciencia, leyó los salmos para fortalecerse en su fe, y echándose de rodillas en el suelo, invocó, plegadas las manos y extáticos los ojos, la divina gracia, para decidirse en sus resoluciones. Efectivamente, la primera que tomó, fué la de emplear cuantos medios le depararan su posicion y su influjo, para anteponer á todos los asuntos pendientes los asuntos religiosos. Sus correligionarios, oportunamente convocados, despues de esta resolucion, á una convinieron en sus sentimientos y en sus ideas; y tenían razon, porque ni paz, ni gobierno, ni leyes, ni jerarquías eran posibles, mientras no se decretasen un reconocimiento expreso del derecho de las conciencias y una constitucion escrita de las relaciones existentes entre la nueva y la vieja Iglesia, entre los reyes protestantes y su jefe jerárquico el Emperador de Alemania. Precisamente el legado de Clemente VII queria y deseaba todo lo opuesto de lo que deseaba y queria el Elector de Sajonia: condenar las controversias religiosas al secreto y los príncipes disidentes al silencio; reunir en torno de la nueva causa, esas sombras de muerte que extinguen las llamas de las mas vivas ideas; reforzar la autoridad política y el poder material de Cárlos V en Alemania para que aplastase con su inmensa pesadumbre así la libertad naciente de la conciencia en lo interior del espíritu como la libertad antigua de la palabra en las Dietas germánicas. Los que habian amordazado á los Emperadores bien podian amordazar á los príncipes.

La Reforma se presentaba sostenida por dos genios opuestos, por el viril y entero del gran reformador Martin y el dulce, tranquilo, pero incierto, de su

discípulo Melanchton. Representaba Lutero la energía en el carácter, la fuerza en la voluntad, la resolución en los propósitos, la pureza en la doctrina, el heroísmo en los combates, la perseverancia en las acciones, la lógica en los argumentos; mientras Melanchton representaba, por su parte, aquella dulce poesía y delicada ternura y piadosa caridad y tranquilo misticismo y amor á la paz que constituyen las cualidades de lo que llaman algunos psicólogos almas femeninas. Uno de los mas grandes errores, que su natural compleción le inspiraba, era la estima desmedida de las fuerzas que para resistir tenía el emperador y el desmedido desprecio de la virtud que para impulsar tenía la nueva idea. Así entraba en su ánimo una tendencia invencible á las concesiones en particular, y á una transacción general. Conocíanle á fondo los ortodoxos y le diputaban embajadores de la habilidad de nuestro compatriota Valdés, para reducirle á silencio y obligarle á un retroceso hácia las ideas que habia abandonado. Tras largo diálogo entre Valdés y Melanchton, encontró aquel á este de tal suerte inclinado á una reconciliación casi con la Iglesia, y en tal manera decidido á una gran transacción, que le rogó escribiera en estilo sencillo y fácil, con toda claridad, el resumen de cuantas ideas le unieran á la Iglesia católica y de cuantas ideas le separaran de esta misma Iglesia, por ver si podían llegar á una síntesis suprema entre estos dos contradictorios extremos. De esta conversación salió la confesión de Augsburgo, debida en verdad á la iniciativa de nuestro diplomático Valdés.

Aceptó el Emperador con tanto beneplácito el proyecto de confesión protestante, que fijó brevísimo plazo y términos angustiosos para redactarlo. Encontróse el redactor cohibido por el apremio, angustiado por la inmensidad del asunto, puesto en el potro por las obyurgaciones de ambas sectas; y pidió un día de plazo que le fué negado. Imagínese, conocido el natural de Melanchton, cuán grande sería su angustia y cuán tremendo el terror que le estaba sobrecogiendo á medida que contraía mayor responsabilidad. Sus ojos parecían fuentes de lágrimas; sus noches se pasaban en la vigilia y el insomnio; desganábase su estómago hasta el extremo de no poder pasar ni el caldo; íbasele con frecuencia la fantasía al delirio; temblábanle, como á un azogado, todos los nervios; y la razón, extraviada por los excesos del sentimiento, pintábase en las propias retinas de sus ojos, á cada instante, extraños y amena-

zadores fantasmas. En tal apuro, su consuelo único estaba en dirigirse á su maestro Lutero, y confiarle sus lágrimas, á cuyas confianzas contestaba el gran revolucionario, ya con caricias, ya con repulsas, según los varios movimientos de su humor. «Hablaime, decía el maestro al discípulo, de vuestros trabajos, de vuestras penas, de vuestras lágrimas. ¿Por ventura me encuentro yo en algun lecho de rosas? ¿Por ventura no sobrellevo parte considerable de vuestra carga? Pluguiera al cielo que mi dolor fuera de tal naturaleza que me permitiese el desahogo de las lágrimas. Todo cuanto escribes resulta inútil; porque, según tu filosofía, tiras á gobernar las cosas con tu razón, es decir, á desrazonar con la razón misma. Ea, continúa matándote en este trabajo, sin ver que ni tu mano ni tu espíritu te obedecen; porque no quieren tus cuidados. Dios ha puesto nuestra causa en cierto lugar, que no conocia ni tu retórica ni tu ciencia. Este lugar se llama la fe. Dios ha dicho que habitaba en las nubes y se asentaba en las tinieblas. Si Moisés hubiera buscado un medio de evitar el ejército de Faraon, Israel estaria aun en poder de Egipto. Si nosotros no tenemos la palabra de Dios ¿quién la tendrá? Tú no comprendes estas cosas porque Satanás te debilita. Que Cristo te cure según se lo pido en mis continuas oraciones.»

Mas, á medida que Melanchton le anunciaba las concesiones prometidas á la Iglesia católica y los puntos de transacción entre la nueva y la vieja doctrina, que tenia con tanto arte preparados; el revolucionario, fidelísimo representante de su idea, que observaba con vigoroso rigor y defendía con arrebatadora elocuencia, pintábase vivamente la imposibilidad moral y material de tanta concordia y le disuadía de todo proyecto de inteligencia entre doctrinas tan opuestas y entre aspiraciones tan enemigas y encontradas. Soberano de su palabra, maestro del estilo, reconvenía con amor, pero con sarcasmo, á los eclécticos y dúctiles componedores de dogmas tan contradictorios y de doctrinas tan contrarias. «Yo estoy, le decía lisamente á su amigo, contra toda tentativa de acuerdo entre dos doctrinas, por ser cosa imposible, á menos que el Pontífice no juzgue oportuno abolir su autoridad pontificia.» Y á otro de los componedores decíale también: «Veo que habeis emprendido una obra admirable, concordar Lutero con el Papa. Pero el Papa no lo desea y Lutero lo rehusa; mirad no perdais tiempo y trabajo. Si os salís con la vuestra, para